hombre que pretendiera, con algún fruto, conducirlas á la realización de los destinos á que, sin duda alguna, está llamado nuestro pueblo, y, francamente... á cada etapa, á cada nueva percepción de alguna nueva fase, antojábasenos el problema punto menos que irresoluble.

El presente no arrojaba para nosotros, observadores desapasionados, ninguna garantía, y el pasado, ahora proscrito y vilipendiado, por el propio triunfador, ese pasado de pseudos horrores y negruras, se nos antojaba mucho más aceptable, con todo su lento, pero seguro proceso evolutivo, que la también **pseudo** Democracia, que entre flores, vítores y aplausos, con nosotros viajaba hacia México, en donde, para dignamente recibirla, había de temblar estremecida la tierra, aquella misma noche.

El **pelado,** arreglándose á duras penas la desgarrada camisa, hablónos poco más ó menos, del siguiente modo:

—"Señor, no tenemos agua, (á bien que ahora nos la dará el señor Madero, ¿verdad, señor? Un marqués la cedió al pueblo hace muchos años, (dirigiéndose á la gente de su alrededor), ¿verdad?, y ahora nos la cobran.

Figúrese, señor, si no se puede beber ni agua, cuanto cuanto más pulque, ni comer, ni criar á los "chamacos," ni... vivir, ¿verdad?... y luego, lo llevan á uno á la Comisaría por cualquier cosa: por reclamar uno su derecho, y á trompazos, ¿verdad?...

(Aquí algunos simpáticos mueras al Jefe de Policía, coreados por el resto.)

Y así siguió el hombre durante largo rato, dejándonos entrever, del propio modo que enseñaba su piel áspera, fuerte, bronceada y...sucia, todas las infinitas porquerías y vejámenes sufridos á diario, durante el desarrollo de una triste vida de bestia mal alimentada, sin más paréntesis halagüeños que la borrachera de pulque, y el amor bestial de la **vieja,** ruda compañera, sin otro deseo, también, que el del jugo del maguey y la feroz comezón del consuetudinario parásito.

—¡Que articulejo de fondo, compañero!—dijo al autor uno de los que con él viajaban.

—Sí,—respondimos.—¡Qué bajo **fondo** para que lo **escriba** Madero...

Mujeres maderistas en Aguascalientes

***

Cuando el convoy en que viajaba el señor Madero se detuvo en la estación de Tula y el **leader** apareció en la plataforma del carro, un clamor inmenso atronó el espacio, un aplauso formidable hirió los oídos, y los gritos de ¡viva Madero!

se sucedieron, mientras millares de manos agitando banderas y arrojando flores, se levantaban por encima de aquellas cabezas que formaban un oleaje humano.

La estación como todas las del tránsito, fué adornada con banderas, arcos triunfales y postes con gallardetes, todo lo cual le daba muy bonito aspecto.

El convoy continuó su marcha, hasta llegar á la Estación de Teoloyucan, adornada también, y allí subieron al carro del Sr. Madero, los señores don Ernesto Madero, Ministro de Hacienda; Dr. Vázquez Gómez, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y licenciado don Rafael Hernández, de Justicia, saludando efusivamente al caudillo. También ocuparon su carro, los señores licenciado Inocente Lugo y Bordes Mangel, para quienes el señor Madero tuvo frases cariñosas, contestando á las que le dirigían, y sin otro incidente, el tren siguió su camino hasta llegar á la Metrópoli.

LLEGADA A MEXICO

En los ánimos aterrados de los habitantes de la Metrópoli, no se habían desvanecido aún los vértigos enloquecedores del sismo que acababa de sacudir la ciudad, derrumbando casas y sembrando por doquier la desolación y la muerte, cuando ya todas las calles eran ríos caudalosos de gentes de todas clases que iban en apresuramiento febril á desembocar en la principal avenida; río caudaloso á cada momento de mayor corriente; y aquella oleada con rumores y rugidos de mar, llegaba hasta la Estación del Ferrocarril Nacional, inexpugnable, y estrellándose en ella como en un acantilado, volvía más rugiente hasta la calzada de la Reforma y demás calles por las que había de pasar el desfile.

El acontecimiento de la llegada de Madero para el pueblo, que había seguido paso á paso con atención extraordinaria, con verdadera angustia, las diversas fases del movimiento revolucionario, suponía, como para todos, alegre aurora de una nueva era que, por desgracia, no parece vislumbrarse como consecuencia de la revolución.

No creemos exagerar diciendo que fueron ciento cincuenta mil personas las que recibieron en la estación y en las calles al **leader** revolucionario.

Había gentes en todas partes: en las tribunas colocadas al efecto, en los balcones, en las azoteas, en las bancas, en las salientes de las paredes, en los árboles, muchas ramas se rompían á la pesadumbre de tantos espectadores; en las estatuas del paseo de la Reforma, cuyos pedestales, y aun las mismas figuras de los héroes allí glorificados, eran otros tantos asientos de curiosos semejando hormigas; así eran de compactos y numerosos en torno de esos monumentos.

Y luego, solemnes, iban también por la calzada las comisiones de los clubs antirreeleccionistas, todos de la capital, asociaciones y agrupaciones de todos géneros, luciendo al sol sus estandartes y oriflamas. Y de cuando en cuando, pasaba un soldado revolucionario, á toda la carrera de su caballo, con sus cartucheras cruzadas al pecho y la espada centelleante golpeando sobre el corcel...

En el andén de la estación, agrietado en varios lugares por el pasado temblor, había momentos antes de la llegada del **leader,** poca gente y relativamente cierto orden.

En el centro, la señora viuda de Serdán, la señorita Carmen Serdán y los miembros del Club "Aquiles Serdán," eran el objeto de todas las curiosidades, y á su paso por las calles, lo fueron de las aclamaciones y de los aplausos. Había allí también varias comisiones que esperaban al señor Madero, entre ellas una de la Sociedad "La Joven España," integrada por los señores Benito Rodríguez Velo, Aurelio de Ibánez, Manuel J. Busto, Juan del Río Vázquez, Baltasar Fernández Cué, Julián Deletraz y Luis Calvo. En nombre de la Logia "Ignacio Ramírez, No. 20," fueron también á saludar al señor Madero, presentándole una carta en la que lo felicitaban por sus rtiunfos en pro de la libertad y la democracia, los señores Mario Calvino, José A. Jiménez y Jiménez, Humberto Cacurri, Alfredo Barrientos y Ricardo Márquez.

Estaban asimismo en el andén, el señor Gobernador del Distrito, Alberto García Granados, el Secretario de Gobierno, licenciado Antonio Rivera G. y otros muchos altos empleados de las oficinas públicas.

Cuidaban el orden ciento cincuenta soldados y oficiales al mando del Comandante General Ing. Alberto Robles Domínguez, que iba con su uniforme de kaki, y de los Generales Asúnsolo y Zapata.

A lo largo de la vía é impidiendo que la gente se saliera de los andenes, cuidaba, eficazmente el orden, una señorita revolucionaria de Yautepec.